

Tanto más que indignación

Laura E. Asturias

Diario Siglo Veintiuno, 3-XI-2001

Muchas cosas en estos días nos despiertan la bestia. Una, a nivel local, es sin duda el sobreesimientamiento del caso de los veintitantos diputados oficialistas que alteraron la ley de bebidas alcohólicas. A la basura irán montañas de evidencias que, si Guatemala tuviera un Ministerio Público que funcionara para quien debe funcionar (el pueblo, quién más), habrían sacado del Congreso a los más podridos y cínicos. Y al mismo lugar va a parar la justicia.

Tal vez sea la impotencia causada por esos hechos lo que ya no permite tolerar abusos también entre el pueblo. Este 1 de noviembre, en una fila de quizás veinte personas que íbamos a recoger el fiambre, una mujer quiso pasarse de lista y robarnos el turno. Claro, ocurre cada día en todos lados pero, como digo, este malsano ambiente de afrentas ya no da para más prepotencias. Quienes estábamos en la cola le pedimos que tomara su lugar y nos miró como si hubiera oído chino. Entonces cerramos filas para que no se metiera. Pero como ella ni se movió, tranquilamente fui y le quité su contraseña de la mano. Eso la enfureció. ¡Qué tal! Primero el agravio y luego se enoja. Por supuesto, le devolví el papelito, pero no logró colarse. Imagino, por aquello de la ley de compensaciones, que el chorizo y las butifarras se le habrán hecho bilis.

La otra noche, el 17 de octubre, también me tocó estar en una situación de éstas que dan ganas de hacer algo políticamente incorrecto, cuando menos sacudir a alguien. Sobre la carretera a El Salvador, un BMW que bajaba quizás a 120 km/h se cruzó al carril opuesto y embistió brutalmente a un pequeño carro que subía a unos 30 metros delante del mío. El BMW quedó casi intacto. El carrito, destruido. En éste iba una familia (bebida incluida) que fue a parar entera al hospital. Del BMW no pudo salir el conductor, de 18 años, no porque estuviera herido. Es que su ebriedad era tal que no podía ni pararse. Gabriel Niederheitmann Koppel es su nombre. Ya no me enteré si pasó al menos esa noche en la cárcel (ojalá sí), pero espero que algo haya aprendido de lo que hizo, aunque lamento que su ebriedad quizás no le permita recordar a las personas que eran conducidas en camillas a la ambulancia. Y lo espero también pues, según él mismo me dijo, medio llorando, hace algún tiempo una hermana suya murió en un accidente de tránsito. Cuando llegué a mi casa y llamé a la de este joven para informarles a sus parientes (que aún no sabían nada) lo que él había hecho, la hermana con quien hablé ni preguntó cómo estaba la familia del carro destrozado.

Otras indignaciones calan tan hondo que es imposible describirlas. Lo leí en las noticias de la CNN el 30 de octubre y ni siquiera la palabra “insensible” se acerca a lo que pienso de esto. Ahora resulta que el gobierno de Estados Unidos se ve en la necesidad de advertirle por radio a la población civil de Afganistán que tenga mucho cuidado al recoger del suelo algún paquete amarillo pues, fíjese usted, no sólo los paquetes de alimentos lanzados por aviones estadounidenses sobre suelo afgano son amarillos: también lo son las unidades no detonadas de bombas de fragmentación que han caído por “equivocación” de sus mismos aviones.

Los gringos, tan sensibles ellos, ahora se toman la molestia de pensar en que algunos niños, de esos tantos muertos de hambre que deambulan en Afganistán, se sientan atraídos por el vistoso amarillo y lo confundan con los míseros alimentos que los también generosos gringos lanzan desde el cielo mientras les bombardean la vida.

¿“Equivocación”? A otro idiota con el cuento. Ésos que juran tener en la mira sólo blancos militares del régimen talibán, llevan ya tantos errores tácticos que el alegato de la “equivocación” no puede ser sino otro de sus burdos inventos. Y cada día que pasa es más lamentable la estupidez de aquéllos que les entregaron un cheque en blanco para su indignante guerra de venganza.